

Carmilla

Sheridan Le Fanu

Traducción y notas
de Gloria Fortún

LES
editorial

Primera edición: octubre de 2023

© Sheridan Le Fanu, 1872, original en dominio público

© Gloria Fortún, de la traducción, 2023

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2023

© Eva García @evgar_art, ilustración de la portada, 2023

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-19879-03-5

Depósito legal: MU 916-2023

IBIC: FC, FKC

Impresión: Podiprint

Impreso en España - *Printed in Spain*



La EDITORA dispone de los derechos exclusivos sobre la obra amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com). Queda expresamente prohibida extracción, almacenamiento y puesta a disposición de los usuarios de todo o parte del contenido de la presente obra a los efectos de minería de textos y datos de conformidad con el Real Decreto-ley 24/2021 de 2 de noviembre y legislación complementaria. Queda expresamente prohibida el ejercicio del derecho de transformación y la realización de obras derivadas sobre la presente obra, en todo o en parte, mediante el uso de programas de inteligencia artificial sin el permiso expreso de los titulares de derechos.

«Si yo osase acercarme más; o si se me permitiera cruzar la corriente de tu aliento; si yo pudiera sentir el salto de la sangre humana en tus venas; si pudiera tocar tus manos, tus mejillas, tus labios; si dejara caer un brazo tan ligero como un copo de nieve alrededor de tu hombro...».

ELIZABETH STUART PHELPS, relato «Desde mi muerte»
(Trad. Eva Gallud).

Incluido en «Amigas»: *Relatos de amor entre mujeres, del siglo XVIII al XX* (Dos Bigotes, 2020).



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

Nota de la editora

La idea de editar este clásico llevaba tiempo rondándome la cabeza y diría que casi ha sido el motivo por el que hemos reestructurado las colecciones para hacerle sitio a Clásicas, la colección de LES Editorial enfocada a esos libros pioneros de lo sáfico, esas flores raras hasta no hace mucho tiempo.

Que haya sido ahora y no antes se debe a que el deseo se ha unido a la oportunidad de encargar la traducción y notas a Gloria Fortún, que (no me importa caer en los tópicos) es una maravillosa escritora, poeta y traductora, y mejor persona. Los brillos de esta edición diferente a otras, en la que hemos revisitado la obra desde una óptica actual y centrándonos en lo sáfico, son en buena medida por su buen hacer. Y también han contribuido a este lustre tanto la prologuista Sara Abad como la ilustradora Eva García y el equipo de LES Editorial.

«¿Y por qué Carmilla y no otro clásico? Además... ¡lo escribió un señor y LES solo publica a autoras!». Antes de que me hagas esta pregunta, ya la respondo yo: Carmilla es una rara avis de su tiempo, una hija de la época victoriana en la que Sheridan Le Fanu puso a dos protagonistas mujeres en el eje de la historia y con un evidente material romántico-erótico en la relación entre ambas. Este libro fue el precedente del archiconocido Drácula de Bram Stoker y, sin embargo, se

ha mantenido en la sombra, seguramente, por no poner la relación heterosexual en el centro.

La influencia de Carmilla en la «memoria» sáfica sí que ha dejado su huella, aunque haya sido, por ejemplo, como excusa para plasmar en la literatura o en el cine una relación entre dos mujeres donde, por supuesto, una tenía que ser el monstruo y terminar muy mal. De esto hemos aprendido mucho gracias a Rosi Legido y a su obra Escondidas en el cine, también publicada por LES Editorial: «Con la desaparición del americano Código Hays, la narrativa audiovisual de los sesenta permitió ciertas insinuaciones homosexuales que no eran exclusivamente las de mujeres masculinas u hombres amanerados; pero a cambio fomentó su identidad marginal. No había nada que definiera mejor la perversión de los personajes de entonces que sus gustos sexuales y, ya puestas a ser malas, lo suyo era que además de asesinas, ladronas, vampiras, alcohólicas o infieles, fueran lesbianas. Todas ellas pagarían su orientación sexual mediante la soledad, la exclusión social e incluso su propia muerte; ese era el precio hasta llegar a la completa visibilidad en décadas posteriores».

Representación sáfica sí, ¡pero a qué precio!

No han sido pocas las películas del siglo xx, sobre todo en la segunda mitad, que se han inspirado en la obra de Le Fanu y, en general, en las malvadas vampiras llenas de lascivia con inclinación hacia las señoras. Por suerte, los tiempos van cambiando y en 2014 pudimos disfrutar de la web serie Carmilla, basada en los personajes de Le Fanu, pero ambientada en la actualidad, que contó con gran popularidad en nuestra comunidad e incluso se convirtió en película años más tarde.

Y sí, Carmilla es de Sheridan Le Fanu, pero la hemos ido haciendo tan nuestra que ya es de todas las sáficas, merecía revisitarse y reivindicarse y tener su lugar en el catálogo de LES Editorial.

Barbara Guirao

Joseph Sheridan Le Fanu

Joseph Thomas Sheridan Le Fanu (Dublín, 1814-1873) fue un escritor irlandés de novelas y relatos de misterio. Nacido en una familia de alcurnia, estudió Derecho en el Trinity College de Dublín, pero se dedicó al periodismo y a la escritura. Su novela más conocida es *Carmilla*, que influyó poderosamente en otro escritor irlandés, Bram Stoker, autor de *Drácula*.

Esta novela corta se considera una de las primeras historias de vampiros escritas. Le Fanu se basó en la historia de la condesa húngara Erzsébet Báthory, conocida como «la Condesa Sangrienta», la asesina más grande de la historia de la humanidad, con seiscientas cincuenta muertes en su haber.

Prólogo

—No he estado nunca enamorada de nadie y jamás lo estaré —susurró—, a no ser que sea de ti.

SHERIDAN LE FANU, J., *Carmilla*.
(Trad. Gloria Fortún, 2023).

Entre diciembre de 1871 y marzo de 1872, la revista literaria *The Dark Blue* publicó una novela corta titulada *Carmilla*, escrita por el irlandés Joseph Sheridan Le Fanu. Años antes de que saliera a la luz *Drácula* de Bram Stoker, posiblemente la novela de vampiros más conocida de la historia de la literatura, Sheridan Le Fanu ya había escrito un relato sobre estas criaturas. Sin embargo, el vampirismo quizá sea el aspecto menos sorprendente de esta obra. Sus protagonistas, Laura y Carmilla, encarnan una historia de amor sáfico repleta de erotismo y de deseo.

Encontrar personajes LGBT+ en la literatura no es una tarea sencilla, menos incluso si los buscamos en obras clásicas, puesto que a menudo estas identidades se

han visto veladas por el momento histórico y la oposición social. El hecho de que *Carmilla* no tuviera el mismo éxito que *Drácula* no se debe a que su calidad literaria fuera menor. Cabría preguntarse si acaso la relación lésbica que narra no fue la causante de que durante años no se prestara atención a esta obra de Sheridan Le Fanu. Hoy seguimos necesitando referentes y una representación positiva más amplia de las realidades LGBT+, pese a que bien es cierto que el número de historias que las incluyen ha crecido de manera considerable en los últimos años.

Carmilla se adelantó más de un siglo con su narración de vampirismo lésbico y se ha convertido en una obra de culto para la comunidad de mujeres lesbianas y bisexuales. No solo nos permite disfrutar en el momento presente de una historia sobre el amor y la atracción entre dos mujeres, sino que ya lo hizo en un momento en el que pensar sobre ello era peligroso. La lectura de un relato del siglo XIX en el que vemos el cortejo, el enamoramiento y la relación entre dos mujeres es también una manera de descubrirnos en otras épocas y en otros mundos muy alejados del nuestro.

Leer historias sobre amor sáfico y, en especial, leer y releer *Carmilla*, tratando de entender todas sus capas, nos muestra que el amor y el deseo entre mujeres han existido siempre, pese a que se hayan visto ocultos y censurados durante gran parte de la historia. Somos nosotras quienes los vivimos y quienes leemos sobre ellos, resignificándolos en cada nueva interpretación.

Carmilla ha sido objeto de múltiples miradas e interpretaciones desde su publicación y se ha analizado desde prismas muy distintos. Sin embargo, lo único indudable es que se trata de una novela gótica al uso. Encontramos un escenario extranjero, un castillo, ruinas, una criatura aterradora y fascinante a partes iguales,

una doncella en apuros. La sexualidad de las protagonistas se introduce entre estos elementos característicos de la literatura gótica. En *Carmilla*, el deseo alejado de la norma se une a la otredad de lo vampírico y lo sobrenatural. Ambas realidades, el lesbianismo y lo vampírico, se sitúan en el límite de lo conocido. Carmilla es una vampira rodeada de un aura de misterio que busca seducir a Laura, pero no solo es peligrosa por su identidad como monstruo, sino también por su identidad como mujer que desea a otras mujeres.

Joseph Sheridan Le Fanu escribió *Carmilla* y eligió deliberadamente que el monstruo de su historia fuese una mujer. Una vampira que cautivaría tanto a la joven e inocente Laura como a sus lectores. Sheridan Le Fanu era consciente del erotismo que impregnaba su relato y del deseo que marcaba la relación entre sus protagonistas. No obstante, como ya he mencionado anteriormente, no podemos obviar que *Carmilla* es producto de su tiempo, de una época en la que la homosexualidad aún no había sido aceptada. Teniendo esto en cuenta, es poco probable que las intenciones de Sheridan Le Fanu al escribir esta obra incluyeran vanagloriar la relación de Laura y Carmilla.

Pese a todo ello, ser conscientes del contexto histórico de esta obra y de las posibles intenciones de su autor no impide que nos apropiemos de la historia y que podamos disfrutar de ella, dejando de lado las implicaciones morales o sociales que pudiera tener en el siglo XIX. Al fin y al cabo, *Carmilla* es una novela sobre vampiros que aúna misterio, terror, erotismo y, por supuesto, dos mujeres que se ven envueltas en una relación sentimental.

Negar que Laura y Carmilla son dos personajes cuyos sentimientos y acciones se encuentran fuera de

la heteronorma tan solo porque Sheridan Le Fanu los creara cuando ni siquiera se asumía que esto fuera posible sería eliminar uno de los aspectos más importantes de su obra. Ser capaces de reconocer y de sacar a la luz las realidades LGBT+ de las obras clásicas no implica invalidar el contexto original, sino que nos hace revelar nuevas facetas que habían permanecido inexploradas debido a los prejuicios de nuestras sociedades.

Cualquier historia es interpretable. *Carmilla* quedó relegada durante años hasta que se recuperó y se convirtió en un icono para las mujeres lesbianas y bisexuales. Sin importar la aceptación que tuviera esta obra cuando se publicó o los significados que se le otorgasen, hoy la vemos como una de las primeras novelas sobre vampirismo lésbico. Hablar sobre las identidades lésbicas y bisexuales sigue siendo algo profundamente revolucionario. Recuperar nuestras historias, aunque estas pertenezcan al mundo de la ficción, forma parte de una importante labor de rescate y de creación de lazos, tanto para nuestras comunidades como para el resto del mundo.

Uno de los caminos hacia la recuperación de estas historias es la traducción. Según los datos disponibles en la plataforma WorldCat, *Carmilla* se ha traducido a más de quince idiomas. Asimismo, las editoriales que han publicado esta obra en español superan la veintena. La traducción es una herramienta muy poderosa, pero también es un arma de doble filo. Puede reconocer y respetar las realidades que aparecen en el texto original o, por el contrario, manipularlas y censurarlas. En la edición que abre este prólogo, LES Editorial ofrece una nueva traducción de *Carmilla* de la mano de la escritora y traductora Gloria Fortún. Con una amplia trayectoria en el ámbito de la traducción literaria y en el del

activismo lésbico, Gloria Fortún permite a los lectores sumergirse en un *Carmilla* en el que no solo se muestra, sino que se reivindica el deseo entre mujeres tal y como se escribió en la obra original.

Carecería de sentido traducir *Carmilla* de nuevo si no se aspirara a ir un paso más allá. La cuidada traducción de Gloria Fortún recrea a la perfección en español la prosa del original, atendiendo a descubrir nuevas significaciones que solo pueden ser vistas gracias a una lectura hecha desde una perspectiva LGBT+ de la obra. Además, las notas al pie que acompañan a la traducción ofrecen información adicional sobre aspectos culturales y, lo que es aún más interesante e innovador, apuntes para comprender mejor la relación entre los protagonistas.

La reivindicación de la literatura LGBT+ actual pasa por el reconocimiento de su genealogía y *Carmilla* es el origen de las novelas sobre vampirismo lésbico. Al igual que Laura se ve seducida por *Carmilla*, os invito a adentraros en su mundo y a dejaros llevar por esta maravillosa e inquietante novela, así como por su magnífica traducción.

SARA ABAD GARCÍA
Madrid, julio de 2023

Carmilla: un contexto histórica y literaria

Antes del conde Drácula, estaba Carmilla. De hecho, fue el irlandés Sheridan Le Fanu (1814-1873) quien introdujo la temática vampírica en la tradición literaria anglosajona allá por el año 1872, en plena época victoriana. Podemos encontrar precedentes en el poema «Christabel» del poeta romántico Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), escrito entre 1797 y 1800. Las similitudes entre la historia sobrenatural de este poema y *Carmilla*, además de que también refleje una relación sáfica velada entre monstruo y mujer, apuntan a que Le Fanu quiso rendir homenaje a esta pieza emblemática. Otras historias de vida después de la muerte serían las dos obras que surgieron aquella célebre noche tormentosa de 1816 en Ginebra: *Frankenstein o el moderno Prometeo* de Mary Shelley (1797-1851) y *El vampiro* de John W. Polidori (1795-1821).

Sin embargo, como digo, fue la novela corta *Carmilla* la que introdujo en el imaginario anglosajón la figura vampírica a la que luego Bram Stoker (1847-1912),

compatriota de Le Fanu, añadiría en *Drácula*, escrita un cuarto de siglo más tarde, los rasgos que quedarían definidos como características del mito moderno del vampiro: su elegancia aristocrática, su mal aliento y el hecho de que duerman durante el día en ataúdes. Sin lugar a dudas, *Drácula* no hubiera podido existir sin *Carmilla*. Es más, me atrevería a decir que es una respuesta al relato de Le Fanu en la que los varones vuelven a desempeñar un papel activo, mientras que las mujeres retoman su rol de objeto de deseo.

Carmilla se publicó a lo largo de cuatro números de la revista literaria londinense *The Dark Blue* entre 1871 y 1872. Estamos en la época del auge de la literatura por entregas que popularizó Charles Dickens (1812-1870), uno de los autores victorianos más populares, quien publicó todas sus novelas en esta modalidad. Publicar novelas por entregas otorgaba ventajas a todas las partes. El número de lectoras y lectores aumentaba, porque muchas personas podían permitirse el dinero que valía un periódico, mientras que comprar un libro podía ser un dispendio del que prescindir. Por otra parte, las editoriales ganaban más dinero al incluir publicidad. En última instancia, esta forma de publicar permitía que los autores pudieran conocer las reacciones de su audiencia para tenerlas en cuenta en los siguientes capítulos. Cabe destacar la forma en que Le Fanu concluye cada uno de los capítulos que componen *Carmilla*, pues lo hace dejando a su público en vilo. Las características enumeradas aquí convierten la literatura por entregas en el precedente de las series de televisión.

Más adelante, Le Fanu incluyó *Carmilla* en formato de novela corta, junto con otros relatos, bajo el título de *In a Glass Darkly* (*En un cristal oscuro*), cuyo hilo conductor es un personaje, el doctor Hesselius,

investigador de lo paranormal, quien se ha hecho con los documentos que contienen la narración de Laura, protagonista de la historia que nos atañe. Nos encontramos ante la técnica literaria de la narración enmarcada, mediante la cual se incluyen uno o varios relatos dentro de la narración principal. Son múltiples los ejemplos de este mecanismo: lo encontramos en dos importantes novelas góticas, género en el que también insertaríamos *Carmilla*: la mencionada *Frankenstein* de Mary Shelley y *Cumbres borrascosas*, escrita en 1847 por Emily Brontë (1818-1848). Los motivos para emplear una narración enmarcada son diversos. En el caso de *Carmilla*, por una parte nos presenta a una narradora sospechosa. Su credibilidad está comprometida porque es un personaje de la propia historia. Por otra, el hecho de que Hesselius parezca haber recogido un testimonio otorga verosimilitud a la historia. Además, en *Carmilla* tenemos un tercer narrador, el general Spielsdorf, símbolo del patriarcado, que arrebató la voz a Laura en la última parte de la historia.

Hemos dicho que *Carmilla* es una novela gótica, al igual que *Frankenstein* y *Cumbres borrascosas*, tres magníficas representaciones literarias del siglo XIX anglosajón. El gótico nació cien años antes en Inglaterra con Horace Walpole (1717-1797) y Ann Radcliffe (1764-1823). La gran autora georgiana Jane Austen (1775-1817) era una ferviente admiradora de Radcliffe. Una de sus primeras novelas, publicada póstumamente en 1817, fue *La abadía de Northanger*, parodia de la ficción gótica. El gótico es un movimiento literario cuyos elementos principales son las lúgubres mansiones o los castillos oscuros, la decadencia, la muerte, el terror y los sucesos que no se pueden explicar mediante la lógica, como pueden ser los fantasmas. Privilegia la irracionalidad y la

pasión frente a la razón y surgió como respuesta al contexto político y social de la época victoriana, cargado de una enorme ansiedad ante un cambio de paradigma en cuanto a valores, economía y formas de vida. Ya en *El castillo de Otranto* de Walpole, escrita en 1764, aparecen las dos convenciones más habituales del gótico: los castillos en ruinas y los acontecimientos sobrenaturales. El auge de este género, que en la actualidad sigue gozando de buena salud, continuó hasta bien entrado el siglo XIX, por ejemplo en la novela *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* del escocés Robert Louis Stevenson (1850-1894), publicada en 1886, en *El retrato de Dorian Gray*, única novela del irlandés Oscar Wilde (1854-1900) escrita en 1890, o en *Otra vuelta de tuerca*, de 1898, firmada por Henry James (1843-1916), estadounidense nacionalizado británico.

Al poner el foco en el lado oscuro de la naturaleza humana, el género gótico nos proporciona una ventana al clima intelectual de una época de revoluciones e industrialización. Los rasgos principales, todos ellos presentes en *Carmilla*, pueden resumirse en un terror que se genera mediante las descripciones de paisajes siniestros y el suspense provocado por tramas inquietantes, la dificultad para discernir entre apariencia y realidad y el confinamiento en lugares lejanos y aislados. Efectivamente, un siglo después de Walpole, la sociedad victoriana seguía disfrutando del gótico, que resurgió con fuerza con plumas como las ya mencionadas y con unas novelas baratas conocidas como «penny dreadful» («penique espantoso»), llamadas así por su precio y por la poca calidad literaria que tenían. Se trataba de publicaciones de quiosco dirigidas a la clase obrera, que disfrutaba en familia de esas historias de terror.

El periodo victoriano adquiere su nombre de la reina Victoria y comprende todo su reinado, desde 1837 hasta su fallecimiento en 1901, siendo la monarquía más longeva de la historia británica hasta que fue superada por su tataranieta Isabel II, quien reinó desde 1952 hasta su muerte en 2022. Cuando la reina Victoria ascendió al trono, Inglaterra era esencialmente agraria. Durante su reinado acontecieron trascendentes cambios culturales, políticos y económicos. Concluida la era victoriana, la mayor parte del país estaba industrializado y contaba con una red ferroviaria en expansión. Los cambios sociales del siglo XIX fueron muy importantes, entre ellos los grandes avances que mejoraron la vida de las mujeres, quienes a pesar de no conseguir el derecho al voto en los mismos términos que los hombres hasta el año 1928, adquirieron el derecho a divorciarse, a pelear por la custodia de sus hijos y a tener propiedades después de casadas. Quien haya leído a Jane Austen sabe que esto último es fundamental, muchas veces la diferencia entre tener independencia o vivir sometida como institutriz en una familia ajena, o en el peor de los casos acabar prostituyéndose en el barrio londinense de Whitechapel.

La doble moral era algo propio de la época victoriana. Por una parte nos encontramos con valores puritanos, disciplina, decoro y una educación muy estricta para niñas y niños. Por otra, hay en las ciudades un mundo sexual subterráneo, oculto por el anonimato de la noche, que esconde prostitución y drogas. El opio estaba por todas partes. Lo encontramos en los textos de Dickens y Wilde y sabemos que su adicción provocó la muerte de Branwell (1817-1848), único varón de la estirpe literaria Brontë. También encontramos en Dickens el reflejo más certero del trabajo infantil, otra de las hipocresías de este periodo histórico.

En este ambiente contradictorio en el que el entretenimiento de las masas era la literatura, Sheridan Le Fanu publica *Carmilla*, una historia en la que los arrebatos de pasión que hasta entonces habían sido reservados en la literatura victoriana para las escenas heterosexuales, suceden entre dos mujeres. ¿Por qué este autor de terror optó por escribir sobre esta relación de marcado erotismo que se desarrolla en un contexto de ausencia total de hombres de la edad de las protagonistas, de quienes supuestamente pudieran enamorarse? Las únicas figuras masculinas con protagonismo son ancianos que viven en la más completa ignorancia de lo que está pasando entre ellas. Por un lado, hemos de tener en cuenta que en la época victoriana no estaba mal visto que, durante la juventud, las relaciones entre amigas tuvieran un carácter romántico al que ponían término cuando se casaban. Estas amistades pasionales, a ojos de los hombres, lo único que demostraban era que el comportamiento de las mujeres las hacía más débiles e irracionales que ellos, y más propensas a dejarse llevar por el sentimentalismo. En la época victoriana las mujeres se abrazaban, se besaban e incluso se intercambiaban cartas de amor. Por otro lado, estas fogosas amistades hacían que fuera más fácil ocultar las relaciones lésbicas. Como buen hijo de su tiempo, Le Fanu expresa en su novela las preocupaciones victorianas por la decadencia social y moral que conlleva la modernidad. Sin embargo, en *Carmilla* no trata el lesbianismo como una conducta reprobable.

Todo lo contrario. *Carmilla* es un personaje que desafía todas las facetas del patriarcado. Se trata de una mujer poderosa a la que hay que temer, alguien que vive libremente su sexualidad sin que esta se desarrolle en un matrimonio ni tenga como objetivo la procreación y

que forma alianzas con otras mujeres. En un relato con una notable ausencia de madres, Carmilla se convierte en la figura de referencia para estas jóvenes que han vivido protegidas por sus ineficaces figuras paternas, eso sí, sin olvidar que Carmilla es un ser monstruoso, alguien a quien hay que temer. Esta representación es habitual en literatura y actúa de manera disuasoria.

Si algo convierte en única esta novela del siglo XIX es el hecho de que *Le Fanu* presente un universo en el que las mujeres expresan su sexualidad con libertad, tienen un papel activo y viven una relación en la que no hay lugar para los hombres. Quizá por eso haya pasado más desapercibida que *Drácula*, obra en la que Stoker devuelve el papel principal a los personajes masculinos, mientras que las mujeres solo sirven para el placer de ellos. *Carmilla* es, por tanto, una novela que ocupa con total legitimidad un puesto importante en el canon de la literatura lésbica. La presente edición es un acto de memoria histórica *queer*. Nos debíamos que *Carmilla* estuviera en esta editorial.

Feliz y terrorífica lectura.

Obras góticas mencionadas

AUSTEN, JANE. *La abadía de Northanger*, 1817.

BRONTË, EMILY. *Cumbres borrascosas*, 1847.

COLERIDGE, SAMUEL TAYLOR. «Christabel», poema incluido en *Christabel, Kubla Khan y Los dolores del sueño*, 1816.

JAMES, HENRY. *Otra vuelta de tuerca*, 1898.

LE FANU, JOSEPH SHERIDAN. *Carmilla*, novela incluida en *In a Glass Darkly*, 1872.

POLIDORI, JOHN. *El vampiro*, 1819.

SHELLEY, MARY. *Frankenstein o el moderno Prometeo*, 1818.

STEVENSON, ROBERT LOUIS. *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, 1886.
WALPOLE, HORACE. *El castillo de Otranto*, 1764.
WILDE, OSCAR. *El retrato de Dorian Gray*, 1890.

GLORIA FORTÚN

Carmilla

Prefacio

En un documento adjunto a la narración que sigue, el doctor Hesselius ha redactado una nota bastante elaborada que acompaña con una referencia a su ensayo acerca del extraño tema sobre el que arroja luz el manuscrito.

En dicho ensayo trata ese misterioso tema con su habitual maestría y agudeza, así como de manera notablemente directa y condensada. La recopilación de los escritos de este hombre extraordinario compondrá un solo tomo.

Puesto que publico el caso en este volumen tan solo para despertar el interés de los «legos», me abstendré de anticiparme en nada a la inteligente dama que lo relata; y, tras reflexionarlo con detenimiento, he tomado la decisión, por tanto, de no resumir los razonamientos del sabio doctor, ni extraer ninguna de sus declaraciones de lo que él describe como «seguramente uno de los arcanos más profundos de nuestra existencia dual y de sus estados intermedios».

Al dar con este documento deseé con todas mis fuerzas retomar la correspondencia iniciada tantos años antes por el doctor Hesselius con una persona que parecía tan inteligente y minuciosa como su confidente. Sin embargo, lamenté mucho descubrir que en ese intervalo de tiempo había fallecido.


Es probable que no pudiera añadir demasiado a la narración que desgrana en las páginas que vienen a continuación de una forma, hasta donde yo sé, tan meticulosamente detallada.



(Todas las notas al pie son de la traductora). El prefacio establece que la historia que vamos a leer ha sido filtrada por al menos dos fuentes, el doctor Hesselius y el autor del prefacio. Es más, si el autor del prefacio no es Le Fanu, estaríamos hablando de tres fuentes. Estos filtros tienen un doble cometido, aparentemente contradictorio: hacer que la historia resulte más creíble, ya que se presenta con supuestas pruebas documentadas y, por otra, hacernos dudar de si es verídica, pues la narradora ya no está para confirmarla.

I

Un primer susto

 *El Ducado de Estiria se situaba en lo que hoy es el sur de Austria y el norte de Eslovenia.*

En Estiria, a pesar de no ser gente de noble linaje, vivimos en un castillo o *schloss*.* Una pequeña renta, en esa parte del mundo, cunde mucho. Ochocientas o novecientas libras anuales pueden lograr maravillas. Dudo que una cantidad de ingresos tan ínfima como la nuestra nos hubiese posicionado entre los ricos allá de donde venimos. Mi padre es inglés, y yo llevo un apellido inglés, aunque jamás he conocido Inglaterra. Pero aquí, en este lugar solitario y primitivo, donde todo es tan increíblemente barato, no veo de qué modo una cantidad mucho mayor de dinero pudiera añadir más comodidades materiales a nuestra vida, ni tan siquiera lujos.

Mi padre perteneció al ejército austríaco, y se retiró con una pensión y su patrimonio, adquiriendo entonces esta residencia feudal y los pequeños dominios sobre los que se alza, una verdadera ganga.

No hay lugar más pintoresco y solitario. Se levanta sobre un montículo en el interior de un bosque. El camino, muy antiguo y estrecho, pasa justo delante de

* Palabra alemana para «castillo». Esta historia está llena de *schloss*. Representan la civilización, pero a pesar de sus fortificaciones, no pueden impedir la entrada de los vampiros.

*Estilo
arquitectónico
medieval
caracterizado
por sus arcos
apuntados y
su marcada
verticalidad.*

su puente levadizo, el cual durante mi estancia nunca vi subido, y de su foso, donde nadan las percas, que recorren los cisnes y sobre el cual ondean blancas flotas de nenúfares.

El *schloss* se alza sobre todo esto, mostrando su fachada con innumerables ventanas, sus torres y su capilla gótica.

El bosque se abre en un claro irregular y muy pintoresco frente a su fachada, y a la derecha de esta, el camino pasa por un empinado puente gótico que cruza un arroyuelo serpenteante escondido entre las oscuras sombras de los árboles.

Ya he dicho que se trata de un lugar muy solitario. Juzguen ustedes la veracidad de mis palabras. Si se mira el camino desde la puerta de entrada, el bosque sobre el cual se alza nuestro castillo se extiende quince millas hacia la derecha y doce hacia la izquierda. El pueblo habitado que se encuentra a menor distancia está a unas siete de sus millas inglesas, hacia la izquierda. El *schloss* habitado más cercano que tiene algo de importancia histórica es el del viejo general Spielsdorf, a casi veinte millas hacia la derecha.

He dicho «el pueblo *habitado* que se encuentra a menor distancia» porque a tan solo tres millas hacia el oeste, es decir, en la misma dirección que el *schloss* del general Spielsdorf, hay un pueblo derruido, con su pequeña y encantadora iglesia, ahora sin techo, y en cuya nave se encuentran las deterioradas tumbas de la orgullosa familia Karnstein, ya extinguida, a quien una vez perteneció el igualmente abandonado *château*^{*} que, desde el espesor del bosque, vigila las silenciosas ruinas de la localidad.

Con respecto al motivo del abandono de este impresionante y melancólico rincón, existe una leyenda que les relataré en otro momento.

** Palabra francesa para «castillo».*

*Unos 24 metros
hacia la derecha
y 19 metros hacia
la izquierda.*

Lo que debo aclarar en esta ocasión es el escaso número de habitantes que tenía nuestro castillo. No incluyo a los criados ni a otros subalternos que ocupan las estancias de los edificios adyacentes al *schloss*. ¡Escuchen y sorpréndanse! Mi padre, que es el hombre más amable que hay sobre la tierra, envejece; y yo, que en el momento en que transcurre mi historia tan solo tenía diecinueve años. Han pasado ocho desde entonces. Mi padre y yo formábamos la familia que vivía en el *schloss*. Mi madre, una dama estiria, falleció siendo yo muy pequeña, aunque tuve una institutriz bondadosa que me crio desde que era casi un bebé. No puedo recordar una época en que su benévolo y orondo rostro no forme parte de mi memoria. Se trataba de Madame Perrodon, natural de Berna, cuyos cuidados y cariño reemplazaron en parte la ausencia de mi madre, a quien ni siquiera recuerdo, pues la perdí muy pronto. Era la tercera comensal en nuestras cenas. Había una cuarta dama, Mademoiselle De Lafontaine, que era lo que creo que ustedes llaman «institutriz de refinamiento». Hablaba francés y alemán, mientras que Madame Perrodon hablaba francés y chapurreaba inglés, a lo que mi padre y yo añadíamos nuestro inglés, lengua que, en parte para evitar perderla y en parte por razones patrióticas, hablábamos a diario. El resultado de todo esto era una torre de Babel de la que solían reírse los forasteros y que no tengo intención de reproducir a lo largo de esta narración. Por otra parte, dos o tres damas jóvenes con las que yo tenía amistad, pues eran casi de mi edad, nos visitaban de vez en cuando, breves estancias que en ocasiones yo devolvía.

Esta era toda nuestra socialización; por supuesto, a veces nos visitaban los «vecinos» que se encontraban a cinco o seis leguas de distancia. Mi vida era, pese a todo, bastante solitaria, se lo puedo asegurar.

«Aya» y «niñera» son sinónimos. En el original se utiliza «nursery-maid» y «nurse». El primero es un término histórico que se refiere a una niñera que trabaja en un hogar pudiente, normalmente a las órdenes de la segunda.

* Palabra francesa para «institutriz».

El control que mis *gouvernantes* tenían sobre mí era el que pueden imaginarse en unas personas tan sensatas sobre una chica bastante mimada cuyo único padre le permitía salirse con la suya en casi todo momento.

El primer suceso de mi existencia, el cual produjo gran impresión en mi mente y que, de hecho, jamás he podido borrar, fue uno de los incidentes más antiguos que recuerdo. Habrá quien piense que es demasiado insignificante para contarlo aquí. Sin embargo, a su debido momento comprenderán por qué lo menciono. La guardería, que era como llamábamos a esa enorme habitación a pesar de que la tuviera toda para mí, se encontraba en la planta superior del castillo y tenía un techo inclinado de madera de roble. No podía tener yo más de seis años cuando una noche me desperté, busqué desde mi cama a la aya y no la encontré. Mi niñera tampoco estaba allí, por lo que me creía sola. No tuve miedo, pues era una de esas niñas felices que son deliberadamente apartadas de las historias de fantasmas, los cuentos de hadas y demás sabiduría popular de la que hace que nos cubramos la cabeza cuando la puerta chirría de repente o el parpadeo de una vela moribunda hace que la sombra de un poste de la cama baile en la pared, cerca de nuestros rostros. Al considerarme abandonada me llené de enfado e indignación y empecé a lloriquear como anticipo a un vigoroso berriñche, cuando para mi sorpresa, vi un rostro serio pero hermoso que me observaba desde el lado de la cama. Se trataba de una joven dama arrodillada con las manos debajo de la colcha. La miré con un asombro complacido y dejé de gimotear. Me acarició con sus manos, se tumbó a mi lado y me acercó a ella, sonriendo; al momento me sentí deliciosamente calmada y volví a dormirme. Desperté al sentir como si dos agujas

se clavaran profundamente en mi pecho y chillé. La dama retrocedió sin apartar la mirada de mí, se deslizó hasta el suelo y, según creí, se escondió debajo de la cama.

Sentí miedo por primera vez, así que grité con todas mis fuerzas. La niñera, la aya y el ama de llaves entraron corriendo y cuando escucharon mi historia no se la tomaron en serio, tratando de calmarme como podían. A pesar de no ser más que una niña, pude darme cuenta de que sus caras habían palidecido y expresaban una inusual preocupación. Vi cómo miraban debajo de la cama, por toda la habitación, que echaban un vistazo bajo las mesas y abrían los armarios de par en par. El ama de llaves susurró a la niñera:

—Ponga la mano en ese hueco de la cama; definitivamente alguien ha estado tumbado ahí y no ha sido usted, todavía está caliente.

Recuerdo que la aya me acariciaba, que las tres examinaron el lugar en mi pecho donde había notado el pinchazo y dijeron que no había ninguna señal visible de que tal cosa hubiera sucedido.

El ama de llaves y las otras dos criadas que estaban a cargo de la guardería permanecieron despiertas toda la noche; desde entonces y hasta que tuve catorce años, una criada veló siempre allí.

Después de eso, estuve nerviosa mucho tiempo. Llamaron a un médico, un pálido anciano. Recuerdo muy bien su rostro alargado y taciturno, levemente picado por la viruela, así como su peluca castaña. Durante una buena temporada acudió cada dos días a darme de una medicina que ni que decir tiene que yo aborrecía.

La mañana siguiente a ver esta aparición me sentía aterrorizada y no quería que me dejaran sola en ningún momento, incluso a plena luz del día.

Recuerdo que mi padre subió y, delante de mi cama, habló alegremente, hizo una serie de preguntas a la niñera y se rio con ganas ante una de las respuestas; me dio unas palmaditas en el hombro, me besó y me dijo que no tuviera miedo, que no había sido más que un sueño y que no podía hacerme daño.

Sin embargo, esto no me reconfortó, pues sabía que la visita de esa extraña mujer no había sido un sueño; estaba terriblemente asustada.

La aya me consoló en cierta manera al asegurarme que había sido ella la que se había acercado, me había mirado y se había acostado a mi lado, que debía de estar medio soñando y por eso no la había reconocido. Aunque la niñera lo corroboró, yo no estaba muy convencida.

Recuerdo que, en el transcurso de ese día, un anciano respetable que vestía una sotana negra entró en la estancia con la niñera y el ama de llaves, con quienes habló brevemente, para después dirigirse a mí con amabilidad; su rostro era dulce y agradable. Me dijo que iban a rezar, me juntó las manos y me pidió que dijera con delicadeza mientras lo hacían: «Señor, escucha nuestras plegarias en el nombre de Jesús». Creo que estas fueron las palabras exactas, pues las repetí para mis adentros con frecuencia, y durante años mi niñera me hizo añadirlas a mis oraciones.

Recuerdo con claridad el dulce y pensativo rostro de ese anciano de cabellos blancos y sotana negra, de pie en esa tosca habitación de techos altos, con aquellos muebles pasados de moda de hace trescientos años a su alrededor y la escasa luz que penetraba por la pequeña celosía y lo llenaba todo de sombras. Se arrodilló junto con las tres mujeres y rezó en alto con una voz solemne y temblorosa durante lo que me pareció una eternidad.

He olvidado mi vida antes de ese incidente, y la de después también me resulta confusa, pero las escenas que acabo de describir están tan frescas en mi memoria como las imágenes aisladas de una fantasmagoría, rodeadas de oscuridad.

II

Una huésped

Ahora voy a contarles una historia tan extraña que requerirá de toda su fe en mi honestidad para creerla. Sin embargo, no solo es verdad, sino que yo fui testigo ocular de dicha verdad.

Una deliciosa tarde de verano mi padre me propuso, como hacía en ocasiones, salir a pasear por aquel hermoso mirador del bosque que, como ya he mencionado, se encontraba ante el *schloss*.

—El general Spielsdorf no puede venir a visitarnos tan pronto como me esperaba —dijo mi padre mientras caminábamos.

Lo esperábamos al día siguiente y su intención era quedarse unas semanas. Iba a estar acompañado de una joven dama, sobrina y pupila suya, Mademoiselle Rheinfeldt, a quien yo nunca había visto, pero que había oído describir como una muchacha encantadora en cuya compañía me había prometido muchos días felices. Mi decepción era mucho mayor de lo que pueda imaginar una joven dama que viva en una ciudad o en un

vecindario animado. Esta visita y la esperanza de una nueva amiga me habían hecho soñar despierta durante muchas semanas.

—Entonces, ¿cuándo vendrá? —quise saber.

—Hasta otoño nada. Dentro de dos meses, diría yo —contestó él—. Ahora me alegro, cariño, de que no hayas conocido a Mademoiselle Rheinfeldt.

—¿Pero por qué? —pregunté, escandalizada y al mismo tiempo llena de curiosidad.

—Porque la pobre muchacha ha muerto —me respondió—. Me había olvidado de que no te lo había dicho, no estabas esta tarde en la sala cuando recibí la carta del general.

Estaba impactada. El general Spielsdorf había mencionado en su primera carta, hacía seis o siete semanas, que ella no se encontraba tan bien como a él le gustaría, pero nada hacía sospechar que se tratara de algo tan serio.

—Aquí está la carta del general —me dijo al tiempo que me la tendía—. Me temo que está devastado; parece haberla escrito en un estado de confusión.

Nos sentamos en un tosco banco situado bajo un conjunto de magníficos tilos. El sol desplegaba todo su esplendor melancólico al ocultarse tras el horizonte selvático, mientras que el arroyuelo que circula junto a nuestro hogar y pasa bajo el viejo puente empinado que ya he descrito con anterioridad serpenteaba entre los regios árboles, casi a nuestros pies, reflejando en sus aguas el atenuado carmesí del cielo. La carta del general Spielsdorf era tan extraordinaria, tan vehemente y en algunas partes tan contradictoria, que tuve que leerla dos veces (la segunda de ellas a mi padre en voz alta) y aun así me vi imposibilitada para comprenderla, salvo por el hecho de que suponía que la tristeza había nublado su mente.

Decía así:

He perdido a mi amada hija, pues como tal la quería. Durante los últimos días de la enfermedad de mi adorada Bertha no me vi capaz de escribirte. Antes de eso no sabía que estaba en peligro. Ahora que la he perdido, lo sé todo, pero es demasiado tarde. Murió en la paz de la inocencia y con la gloriosa esperanza de una bienaventurada eternidad. El culpable de todo es el demonio que traicionó nuestra ingenua hospitalidad. Creí que lo que recibía en mi casa era candor, alegría, una compañera encantadora para mi desaparecida Bertha. ¡Cielo santo, qué estúpido he sido! Doy gracias a Dios porque mi niña ha muerto sin conocer la causa de sus suprimientos. Se ha ido sin hacerse conjeturas sobre la naturaleza de su enfermedad y la maldita pasión de la causante de toda esta miseria. Dedicaré lo que me queda de vida a buscar y a dar muerte a un monstruo. Me dicen que debo tener esperanzas de lograr mi piadoso y más que justificado propósito. En estos momentos apenas me guía un tenue resplandor. Maldigo mi arrogante incredulidad, mi despreciable actitud de superioridad, mi ceguera, esa obstinación mía que no llegó a tiempo. Ahora mismo no puedo escribir o hablar con serenidad. Desvarío. Tan pronto como me haya recuperado, quiero dedicarme un tiempo a hacer una investigación, lo cual posiblemente me lleve hasta Viena. En algún momento del otoño, es decir, dentro de unos dos meses, antes si sigo vivo, te iré a ver si lo tienes a bien; será entonces cuando te cuente lo que ahora no me atrevo a poner sobre el papel. Adiós. Reza por mí, querido amigo.

Así terminaba tan extraña carta. Aunque no había visto nunca a Bertha Rheinfeldt, al conocer su historia mis ojos se llenaron de lágrimas; estaba anonadada y profundamente desilusionada.

El sol ya se había puesto y cuando le devolví la carta a mi padre el crepúsculo ya nos envolvía.

Se trataba de un anochecer claro y apacible, así que nos demoramos especulando acerca de los posibles significados de las violentas e incoherentes frases que acababa de leer. Anduvimos casi una milla antes de llegar al camino que pasa por delante del *schloss*, y para entonces ya brillaba la luna en todo su esplendor. En el puente levadizo nos encontramos con Madame Perrodon y Mademoiselle De Lafontaine, quienes habían salido sin sus tocados para disfrutar de la bellísima luz de la luna.

A medida que nos acercábamos, oíamos sus voces parlotando en un animado diálogo. Nos unimos a ellas en el puente levadizo y nos quedamos a admirar la hermosa vista con ellas.

Ante nosotros se extendía el claro que acabábamos de atravesar. A nuestra izquierda quedaba el angosto camino que serpenteaba entre los grupos de árboles señoriales hasta perderse de vista en la espesura del bosque. A la derecha, el mismo camino cruza el empinado y pintoresco puente junto al cual se eleva la torre en ruinas que antaño custodiaba ese paso; más allá del puente hay una elevación abrupta, cubierta de árboles, entre cuyas sombras se pueden entrever algunas rocas grises que están cubiertas de hierba.

Una capa de niebla se deslizaba como el humo sobre el césped y las tierras bajas, cubriendo las distancias con un velo transparente; aquí y allá podíamos ver el sutil brillo del río bajo la luz de la luna.

Era imposible imaginar una escena más apacible y placentera. Las noticias de las que acababa de enterarme le daban un tono melancólico, pero nada podía perturbar su carácter de profunda serenidad, ni la magia de su panorama rebosante de esplendor e indefinición.

Mi padre, que apreciaba lo pintoresco, y yo, mirábamos en silencio el paisaje que se expandía ante nosotros. Las dos bondadosas institutrices, algo alejadas de nosotros, admiraban la escena y la belleza de la luna.

Madame Perrodon era una mujer gruesa y romántica de mediana edad que hablaba y suspiraba de forma poética. Mademoiselle De Lafontaine, digna hija de su padre, un alemán aficionado a la psicología y la metafísica y considerado algo así como un místico, anunció que cuando la luna brillaba con tanta intensidad era bien sabido que indicaba una actividad espiritual de índole especial. El efecto de una luna llena tan resplandeciente podía significar distintas cosas. Afectaba a los sueños, afectaba a la locura, afectaba a la gente que padecía de los nervios... tenía influencias físicas maravillosas que se conectaban con la vida. Mademoiselle contó que su primo, primer oficial de un barco mercante, se había despertado con sus facciones horriblemente contraídas hacia la derecha tras echarse una siesta en la cubierta en una noche como esa, tumbado boca arriba, la luz de la luna dándole de lleno en la cara, después de haber soñado que una anciana le arañaba la mejilla. Su rostro nunca recuperó del todo su equilibrio.

—La luna, esta noche —dijo— está llena de influencia odílica y magnética. Fíjense, si miran detrás de ustedes la parte frontal del *schloss*, podrán comprobar cómo todas sus ventanas emiten destellos y resplandores plateados, como si unas manos invisibles hubieran iluminado las habitaciones para recibir huéspedes mágicos.

Relativa a la fuerza od, nombre dado a una energía vital hipotética planteada por el barón alemán Wilhelm von Reichenbach a mediados del siglo XIX. Según von Reichenbach, la fuerza od, ligada a la electricidad, el magnetismo y el calor, se manifiesta ante ciertas personas con una sensibilidad especial, naciendo de la punta de sus dedos.

Existen estados indolentes del espíritu en los que, poco dispuestos a hablar, la charla de otros resulta placentera a nuestros apáticos oídos; seguí en estado contemplativo, de fondo el agradable parloteo de aquellas damas.

—Esta noche me ha entrado uno de mis desánimos —anunció mi padre, y citó a Shakespeare, a quien solía leer en voz alta para conservar nuestro inglés.

*

*Así comienza la
primera escena del
primer acto de
El mercader de
Venecia de William
Shakespeare.*

*La verdad es que desconozco *
por qué me encuentro tan triste:
me inquieta;
si vosotros también estáis inquietos por mí,
decidme, ¿de dónde proviene esta tristeza?*

—Me he olvidado de cómo sigue. Pero siento como si una desgracia se cerniese sobre nosotros. Supongo que estoy bajo el influjo de la afligida carta del general.

En ese mismo momento, el inesperado sonido de unas ruedas de carruaje y de muchos cascos de caballo llamó nuestra atención.

Parecían provenir de las tierras altas que se veían desde el puente, y la comitiva no tardó en emerger de ese punto. Primero dos jinetes cruzaron el puente, después un carruaje tirado por cuatro caballos, y otros dos hombres cabalgando detrás de este.

Daba la impresión de que una persona de alto rango viajaba en dicho carruaje; de inmediato todos quedamos absortos mirando ese inusual espectáculo. Se hacía cada vez más interesante, pues cuando el carruaje sobrepasó el punto más alto del empinado puente uno de los caballos, asustado, contagió su pánico al resto y, tras una o dos embestidas, todos se pusieron a galopar juntos, adelantaron a los jinetes que iban por delante y

volaron hacia nosotros por el camino a la velocidad de un huracán.

La agitación de la escena se agravó con los nítidos y largos chillidos de una voz femenina que procedía de la ventana del carruaje.

Nos acercamos en un estado de curiosidad y pavor; mi padre estaba en silencio, nosotras proferíamos diversas exclamaciones de terror.

El suspense no duró demasiado. Antes de alcanzar el puente levadizo del castillo, en la dirección por la que llegaron, hay un magnífico tilo a un lado del camino, al otro una cruz de piedra de gran antigüedad. Al divisarla los caballos, que ya de por sí iban a una velocidad terrible, viraron bruscamente de tal modo que una de las ruedas del carruaje tropezó con las raíces del árbol que sobresalían.

Sabiendo lo que iba a suceder e incapaz de ser testigo de ello, me tapé los ojos y volví la cabeza, en ese mismo momento escuché el grito de nuestras amigas, quienes iban por delante.

La curiosidad me hizo abrir los ojos, y presencié una escena de caos total. Dos de los caballos estaban en el suelo, el carruaje había volcado y sus ruedas giraban al aire; los hombres estaban ocupados desenganchando los caballos, y una dama de porte y figura autoritarios había emergido del vehículo con las manos entrelazadas y, de cuando en cuando, se acercaba a los ojos un pañuelo que sujetaba entre ellas. En ese momento salió por la puerta del carruaje una joven de aspecto moribundo. Mi viejo y querido padre estaba ya junto a la dama de mayor edad con el sombrero en su mano, ofreciendo, como era de esperar, la ayuda y los recursos de su *schloss*. La mujer no parecía estar escuchándolo ni prestar sus ojos para nada más que para la delgada

muchacha que acababan de tender en el suelo, junto a la pendiente de la ribera.

Me acerqué, la joven parecía aturdida, pero desde luego no estaba muerta. Mi padre, que alardeaba de tener algo de médico, acababa de posar los dedos en la muñeca de la chica y le había asegurado a la dama, quien se presentó como su madre, que su pulso, aunque débil e irregular, podía percibirse con claridad. La señora volvió a entrelazar sus manos y miró a los cielos, en un aparente momento de gratitud; pero inmediatamente volvió a perder los nervios de una forma teatral que creo que es común en determinadas personas.

En mi opinión, se trataba de una mujer que tenía muy buen aspecto para su edad y que en su momento tuvo que ser hermosa; era alta, pero no estaba delgada, llevaba un vestido de terciopelo negro y estaba bastante pálida, aunque su expresión era orgullosa y dominante, a pesar de que en esos instantes se encontrara extrañamente agitada.

—¿Puede haber alguien más desgraciada que yo? —oí que decía con las manos juntas, mientras me acercaba—. Aquí estoy, en un viaje de vida o muerte en el que perder una hora probablemente signifique perderlo todo. No sé cuándo se habrá recuperado lo suficiente mi hija como para continuar nuestro trayecto. Tengo que dejarla; no puedo, no me atrevo, a retrasarme. ¿A cuánto está, señor, si no le importa decirme, el pueblo más cercano? Debo dejarla allí; y no volveré a ver a mi niña, ni siquiera a saber de ella, hasta mi vuelta, dentro de tres meses.

Tiré del abrigo de mi padre y susurré con vehemen-
cia en su oreja:

—¡Oh, papá! Ofrécele que se quede con nosotros, sería tan maravilloso. ¡Te lo ruego, hazlo!

—Si Madame confiara a su hija al cuidado de la mía y de su bondadosa *gouvernante*, Madame Perrodon, permitiendo así que fuera nuestra huésped, bajo mi tutela, hasta su regreso, estaríamos agradecidos ante tal honor y la trataríamos con el cuidado y la devoción que merece una confianza tan sagrada.

—No puedo hacer eso, señor, supondría aprovecharme de su benevolencia y de su caballerosidad de una forma muy cruel —respondió la dama, turbada.

—Sería, por el contrario, un acto de generosidad por su parte en el momento en que más lo necesitamos. Mi hija acaba de recibir la más penosa de las noticias con respecto a una visita que esperaba con muchísima ilusión. Si confía a esta joven dama a nuestro cuidado, será el mejor consuelo para ella. El pueblo más cercano en su camino está lejos y allí no hay una posada como la que usted busca para dejar a su hija; tampoco puede permitir que siga su trayecto durante demasiado tiempo sin que corra peligro. Si, tal y como usted dice, no puede suspender su viaje, debe separarse de ella esta noche, y no encontrará un lugar para hacerlo donde tenga tan asegurados los cuidados y el cariño como aquí.

Había algo tan distinguido en el porte y en la figura de esta dama, algo incluso imponente y tan cautivador, que aún sin haber reparado en la dignidad de su comitiva, revelaba que se trataba de una persona importante.

En esos momentos, el carruaje ya había sido enderezado y los caballos, ya dóciles, volvían a estar en pie.

La dama miró a su hija de un modo que no me resultó tan afectuoso como una pudiera pensar dado como había comenzado la escena; después hizo señas disimuladas a mi padre, se retiró dos o tres pasos con él para que no pudieran ser oídos y le habló con una expresión

tensa y severa, completamente distinta a la que había tenido al hablar hasta ese instante.

Me llenó de sorpresa que mi padre no pareciera percibir el cambio, además de que me sentí muy intrigada por saber qué le estaba diciendo casi al oído, pues parecía de veras grave y urgente.

Continuó hablando de ese modo durante dos o tres minutos, después se volvió y dio unos pasos hasta donde estaba tumbada su hija, a la que atendía Madame Perrodon. Se arrodilló a su lado unos momentos y le susurró al oído, supuso Madame, una breve bendición; después la besó rápidamente y subió a su carruaje, cerró la puerta, los criados con sus elegantes uniformes montaron detrás, los jinetes espolearon a sus caballos, los postillones abatieron sus látigos, los caballos se pusieron a dos patas y rompieron de pronto en una furiosa cabalgada que amenazaba con convertirse pronto en un galope, y así el carruaje se perdió en la distancia, seguido a la misma velocidad por los dos jinetes en la retaguardia.